
VIEJOS RECUERDOS DE LA ESCUELA MILITAR: CUANDO EL 16 DE MARZO CUMPLE DOSCIENTOS AÑOS DE EXISTENCIA

General (R) Marcos López Ardiles

Academia de Historia Militar

Este año, Chile conmemora el bicentenario de su Escuela Militar, la más antigua en su género de toda la América Hispánica.

Bernardo O'Higgins había asumido como Director Supremo el 16 de febrero de 1817 y transcurrido sólo un mes de su mandato fundó la Academia Militar, el día 16 de marzo. La urgencia de esta fundación se explica en la experiencia militar que O'Higgins tuvo



Marcha de la Escuela Militar a la región sur del país,
atravesando el río Cautín en Almagro.
Enero de 1906. Fondo Rafael González Amaral

durante la Patria Vieja, período en el que se dio cuenta de que no bastaba con el patriotismo y la valentía de quienes abrazaban la causa de la libertad; para alcanzar la victoria era indispensable contar con militares disciplinados y profesionales. Con seguridad, esa convicción suya se confirmó al tomar parte en la conformación del Ejército de Los Andes que, cerca de Mendoza, en el campamento de El Plumerillo, fue sometido a exigente entrenamiento y a una verdadera inmersión de adoctrinamiento castrense.

Durante la Patria Vieja la contienda tuvo más características de guerra civil, pero a partir de Chacabuco ella se transformó en una guerra contra España; a pesar de eso, el primer director de la Escuela Militar fue un oficial español: el sargento mayor Antonio Arcos Arjona.

Eran muy pocos los oficiales chilenos que habían desarrollado una carrera militar y es muy probable que San Martín recomendara la designación de Arcos como director del nuevo plantel. Siendo éste un peninsular de nacimiento, había iniciado su trayectoria castrense al servicio de Napoleón y en ese bando había luchado contra los españoles que defendían la autonomía de su patria. Arcos fue por eso uno de los tantos "afrancesados" que debió dejar España cuando Fernando VII regresó al trono. Al llegar a Buenos Aires fue requerido por San Martín para que colaborara en el Ejército de Los

Andes. Si su trayectoria militar en Chile no tuvo muchos destellos, fue en el campo de los negocios donde Arcos alcanzó mayor brillo. Después de Maipú dejó Chile, pero al estar casado con la chilena Isabel Arlegui, nunca perdió contacto con el país. Se radicó en Francia donde se relacionó con importantes banqueros e hizo lucrativos negocios en la banca y en la bolsa. Paradojalmente, su hijo Antonio, junto a otros intelectuales, fundó en Chile la Sociedad de la Igualdad.

Pero si el director de la Academia no alcanzó gran fama militar, al subdirector le sobraban pergaminos castrenses: era el teniente Jorge Beauchef, también veterano de las guerras napoleónicas, quien ejerció una marcada influencia en la preparación de los nuevos cadetes, que seguían un curso de sólo seis meses. Un país en guerra necesitaba con premura a oficiales que llenaran las vacantes de los recién creados regimientos.

La tarea fue ardua y Beauchef se dedicó con gran entusiasmo a la formación de los futuros oficiales. En sus memorias nos cuenta: “Enseñaba a mis alumnos la actividad, la exactitud en cumplir los deberes militares; el cuidado, la limpieza tan necesaria en esta carrera y principalmente la fatiga; les ordenaba ejecutar marchas con armas y bagaje, de modo que aprendieran a saber conducir al soldado.”



Cadete en 1865, con uniforme de corte francés. Colección del Museo Histórico Nacional.

Beauchef tomó parte en los principales hechos de armas de este período de la independencia. La actuación que le cupo en la toma de Valdivia fue su mayor hazaña, y debido a su capacidad y a su heroísmo –fue herido en combate– ascendió rápidamente, alcanzando el grado de coronel en 1823. Formó familia en nuestro país, donde vivió hasta el final de sus días

En su concepción original, la Academia Militar estaría organizada como se indica: una 1ra. sección de cadetes, con una dotación de 100 plazas; una 2da. sección de sargentos y cabos, con una dotación de dos compañías de 60 plazas cada una; y una 3ra. Sección de Oficiales Agregados, integrada por todos aquellos oficiales que hubieran servido en el Ejército y desearan continuar sus servicios. El 28 de marzo se dispuso que en una de las secciones se deberían reservar doce vacantes para jóvenes de la provincia de Cuyo. Uno de esos alumnos fue el mendocino Gerónimo Espejo, futuro General del Ejército Argentino y notable cronista del Cruce de los Andes.

Recién cumplía la Academia un año de su creación cuando los cadetes tuvieron en Maipú su bautizo de fuego. Fueron las “cien águilas” que acompañaron a O’Higgins hasta el campo de batalla y a ellas les canta el actual himno de la Escuela, escrito en 1917 por Samuel Lillo, junto a Próspero Bisquertt, autor de la música (ambos fueron premios nacionales, uno en literatura y el otro en arte).

“En los tiempos heroicos salieron
de tu alcázar, en vuelo triunfal,
las cien águilas bravas que hicieron
grande a Chile en la América Austral”

Había que buscar un cuartel para la Academia recién creada y se dispuso que la Orden de San Agustín habilitara parte de su convento, contiguo a la iglesia de calle Estado (entonces del Rey) en la esquina de Agustinas. Entre las oraciones de los novicios y los ejercicios de los cadetes transcurrieron los primeros años de la Academia.

De ese primer período no tenemos testimonios, pero sí de una segunda etapa que se inicia en 1831, cuando la dirección del establecimiento recayó en el coronel argentino Luis Pereira, veterano de las campañas de la independencia de la Provincias Unidas y de Chile. Este oficial de gran valor e inteligencia, puede ser considerado como el artífice de la consolidación de la Academia. Se casó con chilena y su descendencia llega hasta nuestros días.



Revista de Reclutas. Escuela Militar. 1911.
Fondo Rafael González Amaral

Antonio Barrena Lopetegui, veterano de la Guerra contra la Confederación (1836-1839), recuerda así algunos pasajes de su vida de cadete, en la década de 1830: “Previo al anuncio en el Diario Oficial, nos presentábamos en la universidad (de San Felipe) con el traje de gala y a cargo del Coronel y su Ayudante, acompañados del cuerpo de profesores. El salón de honor estaba perfectamente concurrido, era presidido por su excelencia el Presidente de la República, con numeroso séquito de Ministros de Estado, Edecanes, Ministros de las

Cortes etc. (...) ¡Augusta ceremonia para nosotros y los espectadores! Tanto más cuando era privativa de este establecimiento.”

“Dos días duraban estos exámenes (...) El tercer examen final era Manejo de Armas y Evoluciones Militares, el que se efectuaba en la Plaza de Armas de Santiago (...) la que se encontraba, como suele decirse de bote a bote, y la precisión, destreza y aire marcial complacían a los espectadores y el pueblo palmoteaba y no sabía como expresar su agrado y simpatía con el mimado “cuerpo de cadetitos”, como nos llamaban.” (Muchos cadetes no pasaban los trece años de edad)

Mucho tiempo después, en 1924, el coronel Enrique Monreal publicó el libro “La Escuela Militar en 1890. Reminiscencias”. Allí describe el régimen del plantel y el ambiente que había entre los cadetes cuando el estallido de la guerra civil era inminente: “Funcionaba la Escuela Militar en el año en que me refiero en el barrio de la Recoleta, en el mismo edificio que ocupa hoy el Regimiento Buin. Dirigía este establecimiento el general don Luis Arteaga. Parece que aún veo a ese venerable anciano, paseándose por los corredores de la Escuela. Todavía no terminaba de cruzar



Fachada del Regimiento Buin, en avenida Recoleta, el año 1849
Colección CENFOTO Universidad Diego Portales.

el pasadizo que comunicaba el primer patio con el segundo, cuando ya corría el murmullo silencioso y tímido que anunciaba la presencia del general: corrían los ayudantes a darle cuenta de las novedades y los cadetes se esmeraban en conservar el orden más absoluto y el silencio más sepulcral, mientras que el general con paso lento y firme, visitaba departamentos, dormitorios, comedores, etc.” Ese ilustre director alcanzaba entonces los setenta años y había sido veterano de la guerra del 79.

“La salita aquella –cuenta Monreal- se convirtió pronto en un pequeño parlamento: ahí se oían los más ardientes

discursos en pro del régimen constitucional y las más convencidas refutaciones a esas doctrinas. Había una mayoría, bien marcada, a favor del gobierno del Excmo. Señor don José Manuel Balmaceda; no podía ser de otra manera: tantas veces le habíamos hecho guardia de honor en el Congreso, en la Catedral; tantas veces había colocado en nuestros pechos con su propia mano la medalla distintiva de los premios”. Parece oportuno recordar aquí algo que escribió el historiador Gonzalo Vial Correa: “cuando la política se vuelve incandescente, termina por colarse por debajo de las puertas de los cuarteles”.

A partir de agosto de 1895, la Escuela comenzó a ocupar gradualmente su nuevo cuartel de avenida Blanco Encalada, el primero que había sido diseñado y construido especialmente para ese fin. Allí se plasmó la férrea impronta prusiana, a tal punto que entre 1896 y 1898, tanto el director como el subdirector eran alemanes (Von Bieberstein y von Below). El general



Antiguo cuartel, en avenida Blanco Encalada.
Década de 1930.

Julio Olivares, cadete en 1897, recordaba esa época: “Bajo el mando de los oficiales prusianos empezó la instrucción alemana, rígida, tremenda, sin consideraciones de ninguna especie. La instrucción humanista se tomaba poco en cuenta. La instrucción militar era la que contaba. Esa disciplina era tan fuerte que llegábamos a la noche completamente agotados. Como si no bastara el trabajo del día, muy seguido venían las alarmas nocturnas, donde debíamos vestirnos a medianoche y salir a formar antes

de cinco minutos”. Toda la Escuela marchaba entonces hasta Renca donde hacía ejercicios de combate nocturno y volvía a su cuartel al amanecer.



Los nuevos tenientes segundos. Escuela Militar, diciembre 1917. Fondo Rafael González Amaral.

Hace gratos recuerdos don Tobías Barros Ortiz, quien siendo cadete en 1910 integró la delegación que viajó a Buenos Aires para la celebración del bicentenario de la independencia argentina. Cuenta que la preparación fue minuciosa en todos los aspectos. La Escuela no sólo se presentaría ante la sociedad porteña sino que también frente a delegaciones de numerosos países: “Hubo que preparar también a los cadetes para la vida social. Siempre tuvimos un profesor de baile. El más conocido fue don Franco Zubicueta. Trabajosamente y sin poder evitar las chacotas cuando se alejaba el Oficial

de Servicio, los maestros de danza nos enseñaron el vals. ¡Uno...Dos...Tres!... contábamos a gritos al compás de la danza... Si bien el vals nos sacó más de una vez de apuros, nos moríamos de envidia viendo a los compañeros argentinos bailar “tangos con corte”, que, para la buena sociedad bonaerense olían a pecado en esos días, pero se bailaban...”

Otro viaje de la Escuela a Buenos Aires fue el del año 1927, aunque éste tuvo ribetes heroicos y trágicos. Ocurrió, entonces, en la madrugada del 7 de julio, la tragedia de Alpatagal, nombre de la estación ferroviaria ubicada entre Mendoza y San Luis, donde se produjo la espantosa colisión del tren que conducía a la Escuela con un convoy que venía de Buenos Aires. El saldo fue de 30 muertos, entre ellos 12 militares chilenos, y 60 heridos. El gobierno dispuso que los cadetes que habían salvado sin daños siguieran viaje a Buenos Aires, al mando del mayor Néstor García, donde debían cumplir con la misión encomendada: participar en las Fiestas Julias, en recuerdo de la independencia argentina. En la capital trasandina la recepción a los cadetes fue apoteósica. García, ya en Buenos Aires y en entrevista a un diario porteño relató: “...Finalmente reaccioné y me encontré en medio de una enorme cantidad de astillas de madera y trozos de hierro... De pronto vi una abertura sobre mí, en el vagón que se había volcado... En ese instante un cuadro horripilante se presentó a mi vista. Varios vagones del convoy ardían en medio del campo. Por todas partes se oían los ayes de dolor de los infortunados cadetes y del personal del ferrocarril”. Dos breves episodios en ambos extremos de la jerarquía militar: estando herido y aprisionado entre los fierros, cuando se intentaba rescatar a José María Barceló, el coronel-director, él ordenaba: ¡A mí, no! ¡Mis cadetes primero! El sargento Luis Navarrete iba a cargo de los caballos y a pesar de estar herido hizo esfuerzos por sacarlos del vagón que se incendiaba; logró rescatar a un par, pero él sufrió tan graves quemaduras que murió dos días después.

El coronel José Quinteros nunca se olvida que en 1948, en su primer día de cadete, el teniente Ibáñez les leyó un artículo del reglamento que tuvo la Escuela en 1817: “Vivirán con la decencia y decoro debido a su clase, pero frugalmente y bajo la más pura disciplina, como es propio y conviene a un Estado Republicano; pero brillarán el decoro, el aseo, y los principios de buena educación que en nada le son incompatibles”.



Vista aérea del Fundo San Luis, en donde se construía la actual Escuela Militar. 1956.

Pasaron los años y el viejo cuartel de Blanco Encalada (hoy Museo Militar) se hizo estrecho y poco funcional. Había que buscar algo en un barrio alejado del centro y por la perseverante gestión del coronel Arnaldo Carrasco se comenzó a construir un cuartel en Las Condes, diseñado por el afamado arquitecto Juan Martínez. El flamante edificio, dotado de campos deportivos y de modernas instalaciones, con evidente desdén, fue llamado por los cadetes antiguos como el “hotel de Las Condes”. Claro, ellos no lo alcanzarían a ocupar.



Cadete Esteban Tomic recibiendo su espadín de un veterano del 79, en el año 1956

El abogado y diplomático Esteban Tomic fue cadete entre los años 1956 y 1958, y siendo uno de los más jóvenes le tocó recibir su espadín de manos de un veterano del 79, el mayor don Ángel Valdés (en la guerra había sido soldado). Entre muchos recuerdos de la Escuela, el ex embajador resume así su paso por el cuartel de Blanco Encalada: “En la Escuela recibí una enseñanza de primer nivel. Los mejores profesores del Estado impartían clases en sus aulas. Pero más allá de la enseñanza, mis años en la Escuela representaron para mí la inmersión en un mundo enteramente nuevo: entré en contacto con jóvenes de diferentes orígenes sociales procedentes de los más diversos rincones de Chile, cada quien con su historia y su manera de interpretar la vida. La disciplina era rigurosa, pero el precio de crecer se paga con sufrimiento. Ser cadete no era cualquier cosa. Era ser diferente.”

En estas líneas hemos reflejado miradas de distintas épocas y ellas representan de algún modo a los cerca de veinticinco mil muchachos que llenos de ideales –algunos casi niños- han vestido el uniforme del cadete militar. Muchos de ellos siguieron en las filas del Ejército, algunos hasta el alcanzar el generalato. Otros tantos llevaron siempre un penacho escondido bajo su ropa de civil y prestigiaron a su Escuela en distintas esferas. Defendiendo a Chile, cerca de quinientos dejaron sus cuerpos tendidos en los campos de batalla. La Escuela no es el severo edificio de las columnas grises. La Escuela es lo que son sus cadetes, los de hoy y los de siempre.



Escuela Militar en la actualidad